

táneo y natural (...). Fui para América forzosamente en este momento», recuerda ahora. La única huella poética que quedó en su obra de aquellos días de la fuga son los dos últimos poemas de la *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia* (1939-1940), uno escrito ya en el mar:

Miremos a otro lado
que no resuene a sangre.
Bajo la Cruz del Sur
cambiará nuestra suerte.

América.

Por caminos de plata hacia ti voy
a darte lo que hoy
un poeta español puede ofrecerte.
(«Diario de a bordo. Febrero, 10. Marsella»)

Entre el miedo y el dolor de abandonar la patria se hace notar un tímido tono de esperanza con la que el poeta ve su futuro refugio en América. «El desembarcar en América era el sueño de todos los españoles desterrados», afirmó años más tarde en Roma. En los países hispanoamericanos la unidad de lengua y la proximidad de la cultura prometían, según él, una vida muy parecida a la española; para los escritores ofrecía además la «maravillosa ventaja» de poder continuar las actividades editoriales en el ámbito de las revistas y en el de los libros. «En fin de cuentas», constata José Gaos, «emigrar a América no es marchar a un país extranjero. Hispanoamérica es la prolongación de España. Prolongación no solamente espacial, sino también temporal, histórica...»⁷. Estemos o no de acuerdo con esta idea, es cierto que los países americanos de habla española se convirtieron en una especie de tierra prometida para los que estaban obligados a abandonar su patria, y fue allí a donde se dirigieron algunos poetas de la generación del 27 al acabar la guerra civil. Manuel Altolaguirre y Emilio Prados encontraron refugio en México, a donde Rafael Alberti no pudo ni quiso ir «porque allí iban los treinta y tantos mil españoles», y entonces eligió Argentina.

Aparte de estos dos países que acogieron a la mayoría de los desterrados españoles en América y pronto se convirtieron en núcleos de la cultura del exilio, otro que ofrecía una salida interesante para los intelectuales era los Estados Unidos. Tres miembros de la generación: Pedro Salinas, Jorge Guillén y Luis Cernuda (éste después de un tiempo en Inglaterra) se establecieron como profesores en universidades norteamericanas. Exactamente, Luis Cernuda fue el único de aquellos poetas que dejó un testimonio de su salida para el otro continente. «Coexistían en mí dos emociones contrarias», cuenta en sus memorias, «una, la de la curiosidad y atracción hacia un país nuevo, y la otra, algo fúnebre, de abandonar lo que fue nuestro mundo». En las reflexiones de Cernuda encontramos el reflejo de las

⁷ José Gaos, según: José Luis Aranguren: «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración», op. cit., pág. 157.

vivencias que debieron ser experimentadas por todos los que se marchaban a América: un examen de conciencia sobre el pasado («Retirada la escala del buque, sobre cubierta esperé la partida, pensando en aquellos nueve años que había vivido en tierra inglesa»), seguido de ideas sobre la tierra del destino donde aparecen lejanas repercusiones del mito: «No pocas veces me había preguntado cómo sería aquella tierra adonde me preparaba a marchar, y que no era sólo otra tierra más, otro país más, sino parte del continente americano, hacia el cual un español tiene que experimentar atracción e interés peculiares».

El descubrimiento

Realidad fabulosa como leyenda alguna
allá nos esperaba (...).

(Luis Cernuda, *Quetzalcóatl*)

En su poema de *Ocnos* (¿1938?-63) Luis Cernuda describió su arribo a Nueva York, reflejando toda su emoción ante la proximidad de alcanzar el destino:

la zozobra impaciente de la llegada a tierra y ciudades nuevas, aunque imaginadas de antiguo. (*La llegada*)

y el momento de entrever, en la niebla, la esperada orilla americana del Atlántico:

Sentado por largo espacio de espaldas a la hilera de ventanales, un presentimiento te hizo volver de pronto la cabeza. Ya estaba allí: la línea de rascacielos sobre el mar, esbozo en matices de sutileza extraordinaria,... (*La llegada*)

Es también Luis Cernuda el poeta de la generación que más explícitamente se refirió a la noción del descubrimiento de un mundo nuevo, y de la realización de un mito siempre presente en la conciencia:

Cuántas veces lo habías visto en el cine. Pero ahora eran la costa y la ciudad reales las que aparecían ante ti; sin embargo, qué aire de irrealidad tenían. ¿Eras tú quien estaba allí? ¿Estaba ante ti la ciudad que esperabas? Parecía tan hermosa, más hermosa que todo lo supuesto antes en imagen e imaginación. (*La llegada*)

Su testimonio es único dentro de la obra poética de la generación del 27; la forma del *tú* poético, utilizada frecuentemente en *Ocnos* para designar el sujeto poético o el narrador testigo⁸, y seguida después en *Variaciones sobre tema mexicano* (1949-52), hace que sea único y original también dentro de la tradición de diarios de a bordo y memorias de viajes.

Luis Cernuda refleja, pues, explícitamente, la noción del descubrimiento, refiriéndose en su obra a toda una serie de vivencias que acompañaron aquel momento. Sin embargo, el tema de América no aparece en su poesía

⁸ Según Manuel Ramos Ortega: La prosa literaria de Luis Cernuda: el libro «Ocnos», [Sevilla: Publicaciones de la Excma. Diputación de Sevilla, 1982], pág. 263-264.

de modo consecuente, no llega a convertirse en el motivo central de ninguno de sus libros (hasta el viaje a México, cuando se producirá una segunda revelación de otra realidad nueva, desconocida, deslumbrante), ni se repite constantemente a lo largo de toda la obra. Por lo tanto, Cernuda no es un poeta del descubrimiento en el grado en el que lo son Lorca y Alberti. A pesar de que los descubrimientos que experimentan ellos no son inmediatos, ni esperados, ni previstos antes, producen un impacto mucho más fuerte y de cabal importancia para el conjunto de la creación poética.

Poeta en Nueva York (1929-30), indudablemente uno de los mejores libros de Lorca, fruto de su contacto directo con el mundo americano, refleja el progresivo deslumbramiento ante la realidad neoyorquina, el paisaje de las tierras del Norte, y hasta del ambiente hispánico reencontrado en la isla de Cuba. *13 bandas y 48 estrellas*, el primer libro de Alberti sobre América, reproduce las sucesivas etapas de la expedición del poeta y de su mujer, en una forma que recuerda los relatos de los conquistadores. Son muy importantes estas «queridas presencias literarias», según indica Aurora de Albornoz; sin embargo, «ellas solas no serían suficientes para que el poeta realizase su descubrimiento americano: el poema nació tras el contacto con la realidad geográfica, histórica, humana de América»⁹. El descubrimiento se manifiesta, pues, en ambos casos, en la penetración en la nueva realidad y en su reflejo poético. La serie de imágenes llega a constituir cuadros de visión muy compleja y de gran interés en cuanto muestras de una percepción personal con intento de objetivación.

Después de su libro inspirado en la experiencia de Nueva York, Lorca no vuelve a tratar el tema de América, a pesar de que en el año 1933 tiene la oportunidad de conocer Argentina y Uruguay; tan sólo en entrevistas concedidas durante el viaje se hacen ver algunas impresiones que le producen las llanuras de La Plata y el mar uruguayo. Alberti, en cambio, que además, curiosamente, va para las mismas tierras unos años más tarde, sí vuelve a hablar de América en su poesía. Durante el largo exilio, la nostalgia de la patria perdida cederá el paso, poco a poco, al encanto por el paisaje argentino, las playas uruguayas, la querida ciudad de Buenos Aires y la magnífica gente allí conocida, hasta convertirse en el motivo central de enteros libros de poesía como el de *Poemas de Punta del Este* (1945-56) o el de *Baladas y canciones del Paraná* (1953-54).

Esta vuelta a la realidad exterior, aceptación de la condición del exiliado y aparición de América como descubrimiento poético, que podemos observar en la actitud de Rafael Alberti, no se produce con igual fuerza en el caso de los demás poetas desterrados. Manuel Altolaguirre y Emilio Prados, viviendo los dos en los países de habla española y cultura hispánica (México y Cuba) nunca introdujeron el tema americano en la obra literaria,

⁹ Aurora de Albornoz: op. cit., pág. 14-15.

quedándose fieles a la expresión poética de su sentimiento predominante: el de la añoranza de la patria. Jorge Guillén y Pedro Salinas, radicados en los Estados Unidos, tampoco se dedicaron a describir o reflejar de modo complejo o constante la realidad americana, pero sí se inspiraron en ella varias veces. Por lo tanto, encontramos en su obra, entre otros en *El contemplado* (1946) de Salinas y en varios libros de Guillén (existe una antología, *Cántico americano de Jorge Guillén* de 1973, preparada por Justina Ruiz de Conde y revisada por el mismo poeta) ejemplos que pueden complementar esta imagen de América que me propongo componer con versos de varios poetas de la generación.

Entre ellos, destaca considerablemente el caso de Luis Cernuda, con el que conviene cerrar este tema. Cernuda, tras haber expresado ya una vez su entusiasmo al llegar a América, vuelve a experimentar y reflejar en su poesía una sensación semejante al descubrir México. Sin embargo, mientras de sus andanzas por los Estados Unidos han quedado escasas huellas literarias, a través de las *Variaciones sobre tema mexicano* el lector puede asistir a una verdadera exploración del mundo hispánico de América. A pesar de que, contrariamente a las ilusiones que le acompañaban en el camino hacia Nueva York, revela una absoluta ignorancia y una total falta de interés previo por las tierras donde ha de producirse su gran revelación del mundo americano:

En tu niñez y en tu juventud, ¿qué supiste tú, si algo supiste, de estas tierras, de su historia que es una con la tuya? Curiosidad, confiésalo, no tenías. (...) Nada revivía ante tu imaginación, ahí indiferente, el acontecer maravilloso, obra de un puñado de hombres cuyo igual no parece haberse visto antes o después, ni la escena misma de sus actos, aunque ésta aquí estaba y está, tan viva, tan hermosa. Esa curiosidad fue la vida con sus azares quien mucho más tarde la provocó en ti, al ponerte frente a la realidad americana. (*El tema*)

«... los españoles, hicimos un nuevo descubrimiento de América», dice José Gaos¹⁰, refiriéndose a los exiliados, y la afirmación suya corresponde también a la noción del encuentro poético con la realidad americana que quiero destacar en la obra de la generación del 27. A pesar de que a Manuel Altolaguirre y a Emilio Prados la experiencia de la vida en el otro continente los lleva esencialmente a la confirmación artística de su amor y arraigo a España, en la obra de otros poetas son importantes esos descubrimientos del mundo americano, indecisos en Jorge Guillén y Pedro Salinas, repentinos y espontáneos en Federico García Lorca y Luis Cernuda, y constantes en Rafael Alberti. Huellas, testimonios e imágenes que encontramos en la creación de todos estos poetas forman un todo: un cuadro de tipo *collage* que recoge varios elementos y los representa con dife-

¹⁰ José Gaos: op. cit., pág. 157.